

Por los guionistas de **CUÉNTAME** JACOBO DELGADO · CARLOS MOLINERO

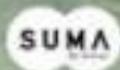
Toda una vida

Una pareja de recién casados, la España del NO-DO y del Seiscientos; la ciudad como sueño y el impulso de contar cómo sucedió todo.

NOVELA



tve



www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I. Somos novios](#)

[Capítulo II. Carpantas](#)

[Capítulo III. El emigrante](#)

[Capítulo IV. Ozonopino](#)

[Capítulo V. Gravemente peligrosa](#)

[Capítulo VI. Felices Pascuas](#)

[Capítulo VII. Tiempo de silencio](#)

[Capítulo VIII. Bel-Cozvíjar](#)

[Capítulo IX. Estando contigo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre los autores](#)

[Créditos](#)

*Gracias a los padres de sus hijos.
Disculpas a los hijos de sus padres.
Recuerdos de los que nunca conocimos.*

Capítulo I Somos novios

«Somos novios,
mantenemos un cariño limpio y puro,
como todos,
procuramos el momento más oscuro».
ARMANDO MANZANERO, 1968

*Entrevista a Mercedes Fernández.
Transcripción, 15 de noviembre de 2014*

MERCEDES: «¿Me escribirás?» Y él: «Nada más llegar, te lo prometo». Y entonces se acerca más de la cuenta. Y yo: «Que no, Antonio, que nos pueden ver». Pero él, erre que erre, ya sabes cómo era tu padre, nunca aceptaba un no por respuesta. Y, claro, como al día siguiente se marchaba a hacer el servicio militar a Sidi Ifni, que más lejos no le pudo tocar, la mili de los pobres se decía entonces, se negaba en redondo a despedirse sin que le diera un beso. Bueno, aquel día y todos, la verdad, que tu padre menudo era, el caso era no quedarse quieto, que no era capaz de refrenar el impulso decía, una no podía bajar la guardia...

(Silencio)

MERCEDES: Pero, hijo, esto ¿para qué es?

CARLOS: Para tenerlo, mamá, por guardar un recuerdo tuyo.

MERCEDES: Ya, lo que pasa es que, no sé, se me hace raro hablar contigo según qué cosas. Y encima queda todo ahí, en el aparato ese.

CARLOS: Si te molesta, apago la grabadora.

MERCEDES: No, si no es eso... Pero, a ver, ¿para qué lo quieres? ¿Vas a escribir un libro? Eso es lo que deberías ha-

cer, volver a escribir. No sé por qué lo dejaste. Pero no escribas de mí, escribe de algo interesante.

CARLOS: Decías que papá no veía la manera de robarte un beso...

MERCEDES: A ver... Me acompañaba a casa y todos los días igual. Él que sí y yo que no. Que no es que yo no quisiera, que tu padre siempre me gustó mucho, las cosas como son, pero entonces había que tener mucho cuidado con esos asuntos, hijo, que por menos de nada la ponían a una de vuelta y media. Como te vieran arrimarte más de la cuenta te colgaban el cartel de p punto, ¿entiendes?, y ya quedabas marcada para los restos. Menudos han sido siempre en el pueblo. Y en aquella época... En aquella época no te quiero ni contar. Y eso que para entonces ya habíamos dado la vuelta redonda. ¿Tú sabes lo que es la vuelta redonda? Ni idea, claro, tú qué vas a saber de esas cosas...

CARLOS: Bueno, algo me contó papá alguna vez.

MERCEDES: No sabes la suerte que has tenido de nacer cuando naciste, hijo. El caso es que allí, en el pueblo, había muy poquito que hacer. La juventud no teníamos mayor diversión que pasear por la plaza. Y comer pipas, eso sí, pipas a todas horas. No había para más. Y a lo mejor tampoco hacía falta. Yo entonces era feliz. Aunque había mucha miseria, hijo, mucha. Sobre todo en las ciudades. En los pueblos, mal que bien, todo el mundo se apañaba. Nos apañábamos. Aunque tener, no teníamos de nada. Pues allí, paseando en la plaza, nos pasábamos las horas, chicos y chicas, todos juntos pero cada uno en su sitio. «Cada cual en su casa y Dios en la de todos, hija», me decía siempre tu abuela, «lo importante es saber siempre cuál es tu lugar, Mercedes». Ay, tu abuela, la pobre, lo que hubiera disfrutado contándote historietas, pues anda que no era amiga de hablar de las cosas del pueblo...

(Otro silencio)

MERCEDES: ¿De qué te estaba hablando, hijo?

CARLOS: De la vuelta redonda.

MERCEDES: Ah, sí, eso... No sé dónde tengo la cabeza... Cuando llegabas a la iglesia, te dabas la vuelta y volvías en dirección a la casa de los Maurillos, donde el callejón. Y así una y otra vez. La cuestión es que antes de dar media vuelta tenías que cambiarte de posición, no podías volver al lado de la misma persona junto a la que habías ido caminando. Del mismo chico, no sé si me entiendes. Si ibas al lado de una amiga, daba lo mismo que volvieras con ella. Eso era la vuelta redonda. Ir y volver al lado del mismo chico. Y eso significaba que ya erais novios formales. Para toda la vida, vamos. Entonces te lo tenías que pensar muy bien, hijo, nada que ver con cuando tú eras joven, ¿eh?, y con lo de ahora ya no te quiero ni contar. Con el novio formal una se tenía que casar. Y si no, a vestir santos. A mi prima Marisa la dejó plantada uno de los Lechuga, ya sabes, los de la casa grande de detrás del ayuntamiento, el hijo mediano de ese que te conté que cuando llegaron los nacionales se juntó con el Cañizo, el capataz de don Mauro, y juntos se llevaron a más de uno por delante. Bueno, pues ese la dejó plantada por una de Tobarra, que encima se la trajo a vivir al pueblo y, claro, la pobre Marisa se tenía que cruzar con ellos todos los días, que no era plato de gusto, y la mujer se encerró en su casa con sus padres y no hizo más que dejar la vida pasar, que salir, solo salía para ir a misa y poco más. Ya ves, que aquello le pasó con veintiuno o veintidós y hasta los setenta y cinco por lo menos no se murió.

CARLOS: Y con papá ¿qué pasó aquel día? Cuando os estabais despidiendo, digo.

MERCEDES: Pues que estaba más pesado de lo normal... A ver, el pobre, que iban a ser dos años en el Sáhara, separados, que yo tenía una pena que no te quiero ni contar. Y él empeñado en despedirse como Dios manda. O eso decía por lo menos. Pero ya ves, ¿cómo mandaba Dios entonces que se despidiera una de su novio formal en la puerta de su casa, con su padre escuchándolo todo? Porque tu abuelo Rafael a tu padre nunca le tuvo mucho cariño, la verdad, no sé por qué, porque tu padre tenía sus cosas pero siem-

pre fue muy buena persona, pero a tu abuelo, nada, que no le entraba. El caso es que yo creo que con el tiempo le habría cogido cariño. Pero no pudo ser, qué joven murió el pobre. Qué pena que no os conociera a ninguno. ¿Sabes?, de todos tus hermanos, eres el que más se parece a él. Tenéis los mismos ojos. Bueno, a lo que iba, hijo, que me estoy yendo por las ramas. La cuestión es que yo seguía en mis trece, y entonces me dice: «Por lo menos cierra los ojos, Milano». Por entonces ya me llamaba Milano. Tu padre siempre fue muy amigo de poner nombres a las cosas, de no llamarlas de la misma manera que el resto del mundo. A ti te llamaba el Heredero y a María, la Torva, ¿te acuerdas? Y a Inés y a Tony... ¿Cómo llamaba a Inés y a Tony? No sé, tal vez no lo hacía con todo el mundo. «Pero ¿para qué quieres que los cierre?», y él: «Tú ciérralos». Y eso hice. Que sea lo que Dios quiera, pensé. Qué narices, dos años iba a estar sin verlo, ya me explicarás cómo no iba a aflojar un poco. Total, ¿qué iba a hacer?, ¿darme un beso? Pues que me lo diera. Ya nos habíamos dado alguno en la era del Ñeño, donde la encina. A la puerta de casa era otro cantar, claro, pero me dio lo mismo. Y si tu abuelo se enfadaba, pues que se enfadase. Pero no. Ni me tocó. «Abre los ojos», me dijo. «¿Ya?». «Sí, ábrelos, mujer». Y cuando los abrí, zas, ahí estaba, colgando de su mano, una medallita de la Virgen de Fátima, bañada en plata. No pudo gustarme más. Visto ahora no era más que una bagatela, pero entonces era una cosa muy valiosa. O al menos a mí me lo pareció. Todavía la conservo.

CARLOS: Gracias a mí. La encontré un día en el sobrao de la casa de Sagrillas, hace muchos años, ¿no te acuerdas?

MERCEDES: Hay muchas cosas de las que ya no me acuerdo, hijo. Aunque ahora que lo dices, puede ser. Creo que la dejé allí guardada cuando nos vinimos todos a Madrid, y luego se me olvidó. Bueno, cuando nos vinimos todos no, que eso fue en el cincuenta y siete y tú no habías nacido todavía. Si te digo la verdad, no sé de dónde sacó el dinero tu padre para comprarla. Porque entonces no teníamos ac-

ceso a muchas cosas, hijo. Creo que se la vendió un mercante que venía al pueblo de vez en cuando. Entonces, las cosas que traían de Pascuas a Ramos los vendedores ambulantes, cuando paraban por el pueblo por la feria o antes del verano, nos parecían de otro mundo. Qué sé yo. Una medallita, una estilográfica, hasta unas bolsas de un plástico así como muy resistente, que no he vuelto a ver una cosa igual, no sé si venían de Portugal o de no sé dónde, con una cuerda así para fruncirlas, que una iba al colmado con eso y parecía que tenía otra categoría.

El caso es que tu padre me la puso. «Tienes el cuello de cisne, Milano». Menudo zalamero estaba hecho, y entonces la que no pudo contenerse fui yo, y le estampé un beso que para qué, que a tu abuelo, que lo estaba escuchando todo detrás de la puerta, le faltó tiempo para poner a todo trapo el disco de *Doña Francisquita*, la zarzuela, ya sabes, en un gramófono que había comprado de estraperlo unos años antes, que no sé si era el único que había entonces en el pueblo, quizá hubiera otro en casa de los Mauros, claro, y que era lo que hacía siempre cuando estaba demasiado tiempo en la puerta pelando la pava con tu padre. Esa era la señal para que entrara en casa. Esa o el otro disco que tenía, uno así pequeño de Estrellita Castro. Aquel día lo puso más alto que nunca, que yo creo que se oyó hasta en Hellín, y yo me tuve que meter para dentro, claro.

CARLOS: ¿Y ya está? ¿Así os despedisteis?

MERCEDES: A ver, ¿qué íbamos a hacer?

CARLOS: No sé. Pero dos años sin veros era mucho tiempo.

MERCEDES: A mí me lo vas a decir. Ahora: su promesa la cumplió. En todo el tiempo que pasó en el Sáhara no hubo semana que no me llegara una carta suya. Sin falta. Y menos mal, que no fue fácil para ninguno de los dos estar tanto tiempo separados. Nada fácil.

CARLOS: Y fue volver y casaros, ¿no?

MERCEDES: Sí, hijo, sí...

(De nuevo, silencio)

CARLOS: ¿Estás bien, mamá?

MERCEDES: Sí, hijo, no te preocupes. Oye, ¿te importa que lo dejemos para mañana? Estoy un poco cansada.

CARLOS: No me extraña. Si es que hablando, hablando, nos han dado las tantas. ¿Qué quieres para cenar?

MERCEDES: Nada, hijo. No tengo apetito. Me voy a acostar. Ayúdame a levantarme, anda.

Desde que he vuelto a San Genaro veo a mi padre todas las noches. No importa que lleve más de cinco años muerto. El salón es ahora una especie de museo antropológico. Un Atapuerca del siglo xx. La misma mesa en la que no me comía la verdura frente a la televisión, ahora plana, que mi madre no sabe utilizar.

Lo veo a través del visillo, del cristal empañado, fumando. Porque no es el padre que me llevó por primera vez a la playa, ni tampoco el padre que llevé a urgencias la última vez. Es el padre con el que me peleé, el que quería obligarme a estudiar, a vender la moto, el que engañó una vez a mi madre. Y sé que es imposible porque mi padre en esos años ya no fumaba, al menos no en el balcón, sí algún pitillo a escondidas de vez en cuando. Bebía de vez en cuando y comía lo que le daba la gana, pero con el tabaco quería dar la impresión de que hacía caso a los médicos.

Descubro primero el resplandor del mechero y luego el rojo incandescente del cigarrillo. El humo llevado por el viento y él mirando primero enfrente, luego al bar de su hermano y finalmente a la calle, esperando a alguien que llega más tarde de la hora. Mi madre. Mis hermanos. Tal vez yo mismo.

Y no le digo nada porque las cosas que no se les han dicho a los vivos no tiene sentido decírselas a los muertos. Y supongo que él después de muerto no iba a cambiar su discurso. «Estudia, hijo, estudia, nunca es tarde para sacarse una carrera, mira a tu madre». «Aquí habéis hecho lo

que os ha dado la gana, eso es lo que pasa». «Si es que sois de plomo derretido».

Aun así me acerco al ventanal notando el frío de las baldosas en mis pies descalzos, no hago ruido, pero él me escucha y gira la cabeza. Me mira. Me ve. Y tarda en reconocerme. Lo mismo que me pasa a mí todas las mañanas delante del espejo. Va a decir algo, pero justo antes despierto en mi antigua habitación, que me parece más grande que nunca, como cuando la compartía con mi hermano.

Durante un segundo creo que voy a oír la respiración de Tony, a abrir los ojos y ver el póster del Che, el tocadiscos, pero solo estoy yo, yo y cuarenta años más. La maleta con mi ropa sigue en el suelo. Las cinco cajas que traje de casa siguen cerradas. Yo sigo sin saber cómo he llegado a vivir con mi madre a los cincuenta y cuatro. Bueno, sí lo sé, pero no quiero recordarlo, así que me levanto y, como en el sueño, las baldosas están frías. Nunca pusimos parque.

Como en el sueño camino a oscuras, sin ni siquiera la luz del móvil, y como en el sueño llego al salón, pero no hay nadie en el balcón, aunque tengo que ir a comprobarlo.

Y salgo, y fumo, y miro como lo hace él en el sueño.

El otro día incluso creí ver a Karina girando la esquina de la calle, pero la Karina de cuando éramos novios. Como si estuviera mirando hacia atrás treinta años y no hacia la avenida Roberto Cairo. Duró un instante y se desvaneció. No estaba soñando, así que puede que simplemente esté perdiendo la cabeza. No sería mala opción. Adelantar a mi madre en esa carrera.

En mi sueño siempre me despierto antes de que hable porque ya no recuerdo su voz. Recuerdo sus palabras, pero no su voz. Su cara, su risa, su forma de ser siempre el centro de cualquier grupo. Pero no su voz. Por eso estoy grabando a mi madre, para mantener su voz cuando no esté, para recordarla cuando ella ya no nos recuerde.

Así que por la mañana, mientras suena la cafetera italiana, le pregunto si hay alguna grabación de mi padre, algún súper ocho con sonido, alguna cinta jugando con el primer radio-casete. Y sin dudar me lleva a su dormitorio, abre el

armario y saca una caja de metal con lo que dentro de poco será su única memoria.

—No pierdas nada, Tony.

—Mamá, soy Carlos.

—Ay, hijo, es que siempre me confundo con vuestros nombres.

Pero ella nunca se confundía con nuestros nombres.

—Gracias, mamá. No te preocupes.

Nunca, nunca se confundió con nuestros nombres.

Rebusco entre los objetos, pero no están las películas ni hay ninguna cinta, solo fotografías, de ellos, de nosotros, de la playa, del pueblo, el libro de familia y unas cartas atadas con una cuerda.

Pienso que serán cartas de mi padre enviadas a mi madre, pero aparto el nudo y en la primera carta el destinatario no era ella, sino mi abuelo Rafael.

Sidi Ifni, 12-08-1947

Estimado Señor:

Al recibo de la presente espero que se encuentre usted bien.

Me han dicho que le han llegado ciertos rumores que lo tienen preocupado. No hay razón.

Sé que en el pueblo se habla siempre de más y sin saber, pero quiero dejar claro que mis intenciones con su hija Mercedes son totalmente serias y respetuosas.

Si no hablé con usted antes de venir al servicio militar fue más por tener algo que ofrecer a su hija antes de proponerle matrimonio.

Nada me gustaría más que hacer esto en persona, de hombre a hombre, que es ahí donde se ve la sinceridad de uno, pero sabiendo lo que sé no me queda otro remedio.

Aunque todavía me faltan unos meses para licenciarme me gustaría casarme con su hija nada más volver al pueblo, acallando así los chismes y apartando a tanto moscón que tiene su hija rondando.

Quiero que sepa que mi intención no es solo querer y respetar a su hija, sino darle una vida mejor, la que ella sin duda se merece.

Atentamente,

Antonio Alcántara Barbadillo

«Merche, qué frío hace en este pueblo, si lo sé me quedo con los moros», eso es lo primero que oyó mi madre al me-

terse en la cama la noche de bodas. Y supongo que se rio. Es lo único que me contaron. Siempre que mi padre lo recordaba miraba a mi madre y se reía y ella movía la cabeza: «¡Antonio!».

Sé que esa carta trajo cola. Porque esa era la esencia de mi padre: hacer sin preguntar. Decidir por él y por mi madre. Hacer lo que creía mejor. Él. Antonio Alcántara Barbadillo, el P'arriba, que se fue a la mili con las manos manchadas de uva de la vendimia y el olor de su novia en la ropa, después de robarle un par de besos al lado de una encina que había delante de las eras y que cortaron hace años. Me gustaría saber si el que la echó en la chimenea vería arder los nombres de Antonio y Mercedes, que ellos mismos grabaron cuando novios, mientras se calentaba y si sabía quiénes son, o mejor, quiénes fueron.

Alguien avisó a mi padre de que estaban malmetiendo contra él con mi abuelo, que le decían que si le llamaban el P'arriba era porque tenía la cabeza llena de sueños y no sobre los hombros, que no era de fiar, que decía una cosa y hacía la contraria, que había pretendido a la Seca pero que después de la mili no volvería más a Sagrillas y si te he visto no me acuerdo.

Pero a Antonio lo de enviar la carta sin consultar ni a Dios ni al diablo no le salió gratis. Si Dios se te cruza, mal asunto; si cabreas al diablo, pues peor me lo pones; pero cabrear a mi madre, herir el orgullo de Mercedes Fernández, a la que llamaban la Seca, eso sí que es mala idea. Lo era en los sesenta cuando mi hermana se metía a actriz, mi hermano se metía en política y yo no hacía más que meterme en un lío tras otro, pero en el cuarenta y ocho, con diecinueve años, no puedo imaginarme lo que podía ser iracunda, callada, con los ojos ardiendo pero la mirada de hielo, la boca apretada, sin hablar, para decir poco, pero qué poco. Tenía menos años que mi hija Mercedes, pero con una guerra encima, el hambre, los disparos en mitad de la noche en las fosas cerca de la carretera. A veces cuando discuto con mi hija, qué digo discuto, peleo con mi hija, noto ese fuego contenido, esa fiera dormida que no ha tenido

que despertar, pero que a veces ronronea y da tanto miedo como su abuela.

La Seca..., nunca hubo un mote tan atinado y a la vez tan superficial. Porque mi madre no era seca, la habían secado, la habían obligado a secarse, enseñado a mejor callarse, mejor no hablar, mejor no hacer, mejor no pensar, pero mi madre podía callarse, no decir, obedecer, pero no podía dejar de pensar. Por eso cuando sus pensamientos se ponían en acción era imparabile. Y como aguantaba mucho, porque en esos años no había otra, en el momento en el que consideraba que algo ya era demasiado, que se pasaba de la raya, no tenía piedad.

Así que la Seca, cuando llegó la carta de Antonio pidiendo su mano, como en una de esas obras de repertorio que caían de vez en cuando en Sagrillas traídas por los cómicos de la legua, no esperó a oír la respuesta de su padre, porque ya no le interesaba. Sí, habían paseado por la plaza, habían escrito el nombre en la encina, le había dado un beso, bueno dos, pero todo eso perdía su valor si él pasaba por encima de ella para llevarla al altar.

«Que se quede con las moras», le dijo a mi tía Liceria mientras se le saltaban las lágrimas en el cine de verano viendo una peli de Clark Gable, que por lo visto le recordaba a mi padre. Lo que hace el amor o el blanco y negro. Mi tía dice que Mercedes no dejó en toda la película de comer altramuces porque si paraba le temblaba el labio por las lágrimas.

Cuando llegó la siguiente carta de mi padre ella ni la abrió. Es más, del poco dinero que le quedaba después de dar en casa lo que sacaba cosiendo donde la Emilia compró unos sellos y la devolvió sin abrir. Y así hizo con la siguiente que llegó en la vendimia, un año después de la encina y el beso. Y conociendo a mi madre me extraña que no cogiera un hacha y se fuera a talar el árbol. Le diría mi abuela Herminia que era pecado.

Aprovechando que mi padre, como él decía, daba tripa-zos en mitad del desierto, el Bragazas, un chaval del pueblo, empezó a rondar a mi madre. Mi tía decía siempre que

fue él quien envenenó al abuelo contra mi padre y cuando supo lo de las cartas devueltas vio su oportunidad.

La verdad es que el pobre Bragazas no era mal tipo, pero no era demasiado espabilado. A él no lo recuerdo mucho, a pesar de que montó la bodega con mi padre, pero a su hija sí. Una inglesa con voz de pito, acento inglés y un cuerpo simplemente perfecto. Aunque tengo que reconocer que lo que más me ponía era su voz de pito. Charlie, me llamaba. Parece que la oigo ahora. Que la veo ahora. Recuerdo su piel mojada en la Pedriza, pero no su nombre. Aunque era inglesa creo que tenía nombre de un estado americano... Carolina, Dakota, Iowa... Era difícil creer que esa chica fuera hija de su padre. Un pobre hombre que no entendía que mi madre devolvía las cartas a mi padre por amor. Porque se consumía por él y esa pequeña traición al enviar la carta sin pedírselo a ella antes la atravesó. Había dejado a la vista ese pequeño mundo que habían construido juntos el verano antes de irse a Sidi Ifni. Porque hasta ese momento había algo secreto en su relación que a mi madre le gustaba, un sentimiento hacia el tarambana de mi padre que si le daba vergüenza tenerlo, más vergüenza le daba admitirlo y mucha más enseñarlo.

Mi abuela me dijo que cuando al mes siguiente no llegó la carta de rigor mi madre se puso triste. Algo que yo he visto pocas veces en mi vida. Ni siquiera con la enfermedad. Sus lágrimas siempre han sido de indignación, de rabia y puede que de risa. Porque mi madre es siempre de hacer, de solucionar y nunca de compadecerse, ni de ella ni de los demás. Pero conociendo a mi padre mi abuela se temía lo peor. Me contó que se despertaba todas las mañanas con el miedo de abrir la puerta y encontrarse al P'arriba con el uniforme de soldado, lleno de arena del Sáhara, las alpargatas destrozadas, la piel quemada. Antonio Alcántara hecho un desertor por venir a recuperar a su Milano.

Mi padre no desertó, pero hizo algo casi más peligroso.

La mañana que llamó el cabo de la Guardia Civil era casi octubre y el sol no calentaba hasta pasadas las once. Mi abuelo estaba en el campo y el cabo cruzó la plaza entera.